

La universidad: una escuela al servicio de la verdad

The university: a school at the service of truth

Josu AHEDO RUIZ

Universidad Internacional de La Rioja

Recibido: Septiembre 2014

Evaluado: Febrero 2015

Aceptado: Febrero 2015

Resumen

El artículo trata de abordar dos cuestiones que son claves para la institución universitaria. De una parte, señalar que uno de los riesgos por los que atraviesa la universidad es la dejadez en la búsqueda de la verdad; pero otro que debe afrontar tiene que ver con el olvido de la verdadera misión de la universidad: la formación humanística. El ideal de la búsqueda de la verdad es lo que ha caracterizado a la universidad desde su inicio. Por esta razón, convertir la universidad en una mera capacitación profesional, ignora la formación humanística que no debe separarse de la búsqueda de la verdad. Conservar el ideal universitario originario implica entender la actividad docente como un servicio. Es por ello por lo que el profesor debe abogar por la formación de cada estudiante, tratando de ayudarlo a descubrir aquello que de verdad importa como persona. La universidad actual no debe olvidar que la tarea docente de transmisión del saber superior requiere que este sea incrementado también por quienes reciben esta formación académica. Por tanto, la tarea del docente debe ser integradora de todos los saberes, evitando la fragmentación que puede conllevar perder el horizonte de la búsqueda de la verdad.

Palabras clave: universidad, fragmentación del saber, verdad, humanidades, servicio.

Abstract

The article focuses on two issues that are key to the university institution. On one hand, it indicates that one of the risks that beset the university is the neglect in the search for truth; but another risk it faces is about forgetting the true mission of the university: human development. The ideal of the search for truth has characterized the university from its beginnings. For this reason, turning the university into a mere professional training ignores the humanistic education that should not be separated from the search for truth. To preserve the original university ideal implies understanding the teaching activity as a service. That is why the teacher must advocate every student's development, trying to help him or her to discover what really matters as a person. The current university must not forget that the teaching task of transmitting superior knowledge needs the latter to be increased also by those who receive this academic education. Therefore, the teacher's task must be inclusive of all knowledge, avoiding fragmentation that can lead to lose the horizon of the search for truth.

Keywords: university, knowledge fragmentation, truth, humanities, service.

La universidad desde su origen ha sido una escuela cuya misión era la transmisión de un saber superior porque los que asistían a ella valoraban la conveniencia de aprender las verdades que conformaban ese saber. Sin embargo, el aprendizaje de esas verdades por sí mismo sería insuficiente si no fuera acompañada de la mejora personal de quien recibe esa enseñanza. Esto se justificaba porque la educación debía entenderse como un arte que pretendiera también la formación del educando. Por consiguiente, ya desde su inicio en la universidad se ha percibido la pertinencia de que el docente sea un buen maestro que enseñe, pero además se le demanda que eduque, es decir, que logre incidir en los estudiantes para convertirles en mejores personas. Sin embargo, las presentes ansias de éxito pueden acarrear un relego de las humanidades a un plano secundario. Esto puede arrastrar la transformación de la universidad en una escuela cuya finalidad sea la capacitación profesional, lo cual puede, sin duda, ser un peligro del que no está resguardada la institución universitaria, salvo que los docentes lo adviertan y procuren evitarlo.

La pertinencia de advertir que en su origen todo el cuerpo docente universitario defendía como una señal distintiva la búsqueda de la verdad contrasta con la situación vigente. Actualmente, en el ámbito universitario apenas se oye hablar de verdad y, en cambio, se escuchan otros vocablos como empleabilidad, competencia, adaptabilidad, internacionalismo, eficacia, etc (Llano, 2011). Esta realidad puede empujar a un giro en la transmisión del saber universitario que procediera a la sustitución de la verdad por lo útil. Además, bajo el amparo de una visión más utilitarista, que pretendiera el éxito fáctico, podría convertirse la institución universitaria en una escuela cuya misión sea la provisión de perfiles humanos de acceso al mercado laboral. Este empeño, siendo meritorio e ineludible al mismo tiempo, puede conllevar el peligro de renunciar a la excelencia de procurar la mejora personal de los estudiantes. Efectivamente, sería un desacierto desistir de enseñar cómo se debe buscar la verdad para convertir la etapa universitaria en una máquina de *producción* de seres humanos capacitados para alcanzar el éxito.

Tampoco está exenta la universidad de otro riesgo como puede ser el conformismo del aprendizaje de una verdad parcial debida a la fragmentación del saber. Como consecuencia tampoco conviene la jerarquización de los diferentes saberes con criterios cuantitativos, soslayando los cualitativos. En este sentido, es pertinente advertir que la dimensión formativa en la universidad exige tener presente también lo cualitativo porque si no se relegaría la formación humanística de los estudiantes. Sin duda, en un ranking con carácter de utilidad práctica en cuanto al acceso al mundo laboral, las humanidades quedarían relegadas a un puesto simbólico. No obstante, las humanidades versan sobre otras cuestiones relativas a la verdad, que explican el sentido último del obrar, de las relaciones humanas y del propio existir. Por tanto, la búsqueda de la verdad en la etapa universitaria implica la transmisión de los diferentes saberes, sin olvidar las cuestiones humanísticas, que justifican el valor de aprender. En suma, no conviene desterrar las cuestiones relevantes sobre el sentido del aprender y la finalidad del mismo.

La renuncia a la búsqueda de la verdad implica soslayar el sentido del fundamento del saber. En el fondo, se trata de que el estudiante no aprenda sin saber para qué le va

a servir eso que aprende. Por qué de que le sirve saber mucho, si luego ese saber lo va a emplear aprovechándose de él interesadamente de modo egoísta. Por eso, la solución a estas dificultades en las que está envuelta la institución universitaria es darse cuenta de que es una escuela de servicio. El servicio conlleva que alguien entrega a otra persona aquello que en justicia necesita y la misma acción de servir supone que se lleva a cabo generosamente. Por tanto, se subraya la consideración de la universidad como la aportación servil que cada docente destina a enseñar y a formar a los estudiantes. Además, la tarea del auténtico profesor consiste en acompañar a los alumnos en su camino hacia la verdad, lo cual exige de ellos comprensión y cariño. Sin embargo, si los docentes se limitaran a un academicismo anquilosado y caduco, ajeno a la animante renovación de quien desea lo mejor para sus alumnos, conllevaría clausurar la búsqueda de la verdad. En definitiva, es pertinente no olvidar el sentido último de esa enseñanza de la educación superior que es la persona, cada estudiante universitario, como logro de la verdadera educación integral.

El ideal universitario: la búsqueda de la verdad

En la Edad Media cuando se inician las universidades prevalecía la consideración general de la existencia de la verdad. Sin embargo, la actual fragmentación del saber y la aceptación de verdades parciales en diferentes ámbitos del conocimiento han suscitado el debate sobre la necesidad de buscar la verdad. Además, el pragmatismo que rodea la sociedad presente ha inducido que este preclaro empeño, que marcó el origen de la universidad, se esté viendo relegado por otros intereses más prácticos. No obstante, la renuncia a esta búsqueda puede ser perniciosa porque en esa dejación, el que sufre es el ser humano, al olvidar todo aquello que le puede resultar necesario conocer para ser un buen hombre.

Por tanto, desde sus antecedentes en el siglo XIII la universidad se ha caracterizado por una búsqueda de la verdad, hasta el punto de que se estableció como el ideal propio de toda universidad, aquello que manifiesta su identidad. En este sentido, Sellés (2006) afirma que el ideal de la universidad desaparece al rechazar la búsqueda de la verdad porque esta actitud conlleva la pérdida de la auténtica identidad universitaria. No obstante, en la actualidad Giménez (2012) señala que hay tres conceptos que han provocado el detrimento de la verdad como identidad de la universidad: la pérdida de la unidad del saber, de la tradición narrativa y de la unidad interior de la persona. Efectivamente, recalca la conveniencia de no invalidar la unidad del saber que se procuraba alcanzar con el afán por conocer la verdad.

Atendiendo al origen de la institución universitaria, García-Amilburu (2010) señala que comenzó a denominarse *Universidad* en el siglo XIII y que era heredera “del mismo impulso intelectual y moral que dio origen al Liceo de Platón, la Academia de Aristóteles o el Jardín de Epicuro” (p. 280). Este impulso puede ser socavado por la numerosa multiplicación de universidades privadas que surgen como empresas de formación. Esto, según Kindelán (2013), puede instrumentalizar la universidad, desnortada en ganar dinero y declinando buscar el bien común. Por tanto, sería pertinente no sucumbir a la tentación de convertir la formación universitaria en una

mercancía sujeta a la especulación, lo que arruinaría cualquier empeño por buscar la verdad. No obstante, parece viable compatibilizar la dadivosa condición de la universidad que nace para extender el saber con el aspecto económico. Por tanto, la institución universitaria, con independencia de su titularidad pública o privada, no debe renunciar a buscar la verdad que implica no conformarse con un saber que no sea el superior porque es insuficiente el aprendizaje de cuestiones que son útiles, pero no estrictamente esenciales. En consecuencia, postulamos que las verdades fundamentales son aquellas cuyo conocimiento repercute en que el estudiante se convierta en mejor persona.

Además, esta búsqueda de la verdad no puede tener término porque es el modo de garantizar que el ser humano se perfecciona. Por eso el ser humano debe ser fiel a esa búsqueda, sin abandonarla, aun a pesar de que no la encuentre porque lo realmente sustancial al género humano es buscarla (Pérez-Díaz, 2010). Igualmente, esta búsqueda de la verdad también es un modo de contribuir al bien de la sociedad (Guardini, 2012) porque buscarla implica querer el bien para todos. Por consiguiente, si la docencia universitaria no ayuda a sus estudiantes a persistir en el tesón por tratar de descubrir la verdad, estaría reduciendo su objetivo originario y podrá incurrir en un conformismo. En este sentido, Ibáñez-Martín (1975) subraya que el docente universitario debe alentar a los estudiantes “a que, superando lo que se alcanza fácilmente, sepan buscar esforzadamente los frutos más altos a los que por sus condiciones puedan aspirar” (p. 73). En suma, esto incide en lo que Jaspers (2013) afirma porque para él no se debe olvidar que la universidad es un modo de servir a toda la humanidad.

Respecto a cómo debe la institución universitaria guiar la búsqueda de la verdad es preciso advertir que las primeras universidades se llamaron *Universitas Studiorum* o Estudio General y se concibieron como un ágora de diálogo, encauzada a la búsqueda compartida de la verdad (Flecha, 2010). Esto facilita comprender que la universidad mediante el diálogo entre profesores y estudiantes debe emprender el camino para buscar juntos la verdad. De este modo, la universidad convoca a un diálogo porque es el medio destinado a alcanzar la verdad, tal y como fue la propuesta socrática con la mayéutica. Este diálogo no debe ser apagado por el éxito porque sería un equívoco sustituir a la verdad por aquel (Villarán, 2012). No obstante, la premura impuesta de alcanzar un objetivo meramente práctico puede suponer un reduccionismo al suplantar la verdad por la utilidad. La verdad y la utilidad no son términos intercambiables porque la búsqueda de la verdad no siempre deriva en una utilidad a nivel práctico. Ahora bien, según Aristóteles (Política, VIII, 3 1338b3), “el buscar en todo la utilidad es lo que menos se adapta a las personas magnánimas y libres”. Por tanto, siguiendo al Estagirita, parece que la verdad es superior a la utilidad en pos de conseguir la excelencia.

En suma, la búsqueda sincera de la verdad es necesaria no únicamente por su poder convocante que nos atrapa y acoge, sino más bien porque los jóvenes necesitan auténticos maestros; personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su interior ese diálogo interdisciplinar; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad. Asimismo, parece pertinente cultivar en las instituciones universitarias un

diálogo que no traicione la verdad que se busca. Sin embargo, no hay que soslayar el hecho de que la universidad dedicada prioritariamente al conocimiento colisiona con una sociedad que busca en todo un rendimiento inmediato.

La universidad: la casa para incrementar el saber superior

La búsqueda de la verdad es una necesidad de la naturaleza humana porque sin aquella no hay libertad, sino un sucedáneo de esta. La libertad extrínseca al ser personal, entendida como una simple característica de la voluntad, permite elegir entre alternativas. Sin embargo, cada ser humano necesita conocer las diferencias que comporta la elección de cada alternativa y lo que contribuye cada una en la consecución de su fin último. Asimismo, ha de comprender el sentido de esa capacidad de elección porque necesita dotar de un sentido a su actuar. Esta necesidad de conferir sentido a su obrar implica la existencia de una estrecha relación entre la persona que *tiene* una determinada naturaleza y la verdad. La persona debe perfeccionar la naturaleza que ha recibido y para no errar en esta tarea, que le va a ocupar toda la vida, debe conocer la verdad. Esta búsqueda de la verdad, es una actitud, entendida como el norte de la existencia humana que requiere, además, no sucumbir al cansancio para no renunciar a ese afán prefiriendo una cómoda huida hacia la conformidad.

En este orden, el planteamiento utilitarista en la enseñanza universitaria que relega a un papel secundario el desarrollo formativo de la persona se sospecha insuficiente. En este sentido, hay quienes declaran que la formación de los estudiantes debe tener como proyecto un fin útil. Por eso defienden que esta utilidad deba ser evaluada de acuerdo con el gasto que se lleva a cabo tanto del estudiante como de la institución y con el beneficio directo que esta formación produce en ambos. Esto puede suponer relegar la búsqueda de la verdad como algo prescindible por su escasa utilidad en términos monetarios. Estos objetivos utilitaristas están cada vez más presentes en la labor universitaria debido al debate en Europa sobre el llamado “proceso de Bolonia”. Este postula la conveniencia de que la formación universitaria sea un aprendizaje de competencias, pero la búsqueda de la verdad es arduamente transformable en una competencia.

En consecuencia, el saber al que se debe dedicar la universidad es el superior por hallarse dichos conocimientos sólidamente afincados en procesos rigurosos de investigación; por versar sobre aspectos de realidad social y natural altamente relevantes para el avance de las ciencias, para la comprensión del hombre y de su existencia, y para el progreso humano. Pues bien, consideramos que la búsqueda de la verdad es el carácter superior de todos los conocimientos que han de constituir, por tanto, la finalidad de la universidad. En este sentido, Polo (1997) caracteriza al *saber superior* como “la adquisición de conocimientos en la situación más alta que la humanidad ha adquirido en un momento histórico” (p. 36). Por tanto, la universidad no puede ser una simple depositaria pasiva de este saber. Polo (1997) propone que el saber superior “es la cumbre del saber heredado, pero como ocurre siempre en la historia, lo heredado nunca está terminado, sino hay que continuarlo” (p. 32); por eso el saber

superior está siempre abierto al futuro, y es a la universidad a la que corresponde, en buena parte, la responsabilidad no sólo de difundirlo, sino de incrementarlo.

En este línea, Llano (2003) advierte que las universidades que olvidan la importancia de la renovación y de la innovación pueden avocarse a un academicismo rancio, a una prepotencia orgullosa y hueca que las vacíe de contenido y oscurezca su misión, hasta el punto de que puedan llegar a ser socialmente irrelevantes. Por tanto, incrementar el saber superior que cada estudiante asimila en la enseñanza universitaria conlleva priorizar el objetivo de que aprenda a pensar. Por eso, conviene permitirle que lo haga porque la encrucijada con la que se encuentra le lleva a no querer pensar debido al excesivo paternalismo que existe en la educación, hasta el punto de que el estudiante se interroga para qué pensar, si otros lo hacen por él o se lo encuentra todo resuelto en los libros, en las enciclopedias o en internet (Otálora, 2011). Es en este punto donde la tentación de lo útil puede desterrar a la verdad; es más cómodo *adiestrar* que enseñar a investigar para que descubra por sí mismo qué es lo que más le conviene, es decir, dónde está su verdad. Por tanto, el saber superior es apreciable por sí mismo y no por la utilidad que reporta.

La acción de difundir este saber superior es posible si se acepta la necesidad de incrementarlo. Por eso Parra (2005) insiste que el saber superior debe ser difundido por su valor intrínseco, práctico y social; subrayando que esta difusión ha de ser concebida como una actividad interdisciplinaria caracterizada como:

trabajo propio no tanto de individuos aislados, sino de comunidades académicas de investigación y diálogo, en las que prime el interés por el cultivo de los saberes teórico y práctico, antes que por intereses ideológicos o mercantilistas que empequeñecerían el ideal de que la universidad sea realmente el alma mater de todos los que la conforman (p. 151).

De otro modo, pero con un mismo enfoque, Llovet (2011) aborda algo que está en boca de algunos profesores universitarios. La universidad, antaño templo del saber, puede verse arrastrada a convertirse en una escuela profesional, quedando eclipsado el cultivo desinteresado de la inteligencia por motivaciones más mundanas: dinero, éxito social, eficacia. Además, el peligro subyace cuando se convierte al estudiante en cliente de un servicio al que se le pide que mantenga una relación funcional pasiva porque se soslaya su opinión (Rué, 2009). Esta contingencia es fruto de los embates de la técnica y de una mentalidad mercantilista que ha llegado a *colonizar* también el mundo de las humanidades (Llovet, 2011). Por tanto, es pertinente que la universidad no olvide la tradición heredada, pues la genuina idea de universidad es precisamente lo que la preserva de una visión reduccionista de lo humano, en la medida en que, como señala Newman (1996), no un tipo de saber cualquiera, sino aquel que se considera, en cada momento histórico, como el más elevado, es el que mejor refleja el atributo de verdad.

La necesidad de una formación humanística en la universidad

Si anteriormente se señalaba que uno de los riesgos por los que atraviesa la universidad es la dejadez en la búsqueda de la verdad, otro que debe afrontar tiene que ver con el olvido de lo que puede considerarse como la verdadera misión de la universidad: educar al ser humano para que contribuya a la construcción desinteresada del bien común. Por tanto, el sentido último de la búsqueda de la verdad conlleva la necesidad de anhelar el saber superior como el medio para mejorar al ser humano y en consecuencia a la sociedad. Según esto, la comprensión de la educación universitaria exclusivamente como una mera capacitación profesional con vistas a una preparación para la vida adulta conlleva valorarla únicamente con el criterio de la utilidad, procurando una practicidad inmediata, lo que puede conllevar el olvido de la verdad última del ser humano. Por tanto, es pertinente preservar a la institución universitaria del peligro de obscurecer el interés por la formación humanística con la preparación para dotar al estudiante de habilidades de cara al ejercicio de su vocación profesional porque aquella no es un simple conjunto de saberes, sino lo que da sentido a cada uno. En suma, es pertinente preservar un cierto equilibrio entre la vocación profesional y la formación humanística, hasta el punto de que aquella reivindica su sentido gracias a esta.

La identificación subrayada entre el saber superior y la formación humanística conlleva la pertinencia de que esta sea una característica fundamental de la educación universitaria porque si los maestros no forman hombres que aspiren a lo mejor, qué cabe esperar, entonces de esta institución. Además, la búsqueda de la verdad enlaza con la misión personal del ser humano en cuanto que para llegar a ser más humano se requiere no abandonar la tarea de tratar de encontrar la verdad (Vélez-Ramírez, 2008). Sin embargo, es necesario advertir de la insuficiencia de enseñar el saber humanístico meramente como un contenido más porque es necesario educar en una actitud ante la vida que se puede denominar *humanismo*. Aldaña (2009) afirma que por *humanitas* es la capacidad de hacer de la propia vida una obra buena y bella. Por tanto, la limitación de lo humanístico a un mero contenido a enseñar, implica olvidaría la dimensión formativa de la educación. Pero ¿cómo lograr esa formación humanística? En este sentido, Ibáñez-Martín (2001) aclara que:

Se trata de comprometerse con los estudiantes, lo que entiendo tiene, igualmente, tres dimensiones básicas: comprometerse con el desarrollo de la inteligencia de los estudiantes, comprometerse con su descubrimiento de la libertad madura y comprometerse con su capacidad de trabajo, es decir, preocuparse por desarrollar (...) lo que toda persona debe disponer para llevar una vida plena (p. 458).

Sin duda conviene que la universidad no sea solo un lugar para el desarrollo de una vocación profesional porque el fin de la educación es la formación integral. Esta podría ser la diferencia entre las academias, especializadas en los saberes, y la universidad que busca el saber superior por excelencia. La reducción de la enseñanza universitaria al saber de algo implica olvidar la educación para la vida. En esta cuestión acerca de cuál

es el saber más favorable para el ser humano, Zambrano (2000) señala que el sentido del saber debe estar relacionado con lo más útil para el ser humano. Por tanto, algunos podrían sucumbir a la tentación de dirimir qué es lo más útil para el ser humano o bien una capacitación profesional o bien un sentido más profundo de su aprender. Sin embargo, la confrontación de ambas pretensiones es prolija porque la primera sin la segunda es insuficiente. No obstante, es pertinente recordar que la verdad no tiene sustituto útil porque es el valor supremo (Polo, 1991). Sin duda, las verdades de todos los saberes son necesarias para alcanzar la verdad del saber superior.

La propuesta de la necesidad de la coexistencia de ambos propósitos enlaza con la pertinencia de comprender cuál debe ser el método a seguir para la enseñanza universitaria. En este sentido, Newman (1996) señala que la verdadera transformación intelectual de la persona no es fruto de la lectura de libros ni depende de la asistencia a conferencias o la participación en distintos experimentos, sino que consiste básicamente en la adquisición del hábito filosófico cuyas características son libertad, sentido de la justicia, serenidad, moderación y sabiduría. Además, este será el medio que permita a la persona ser capaz de construir sus propias ideas. En consecuencia, para Newman (1996), este objetivo consiste en:

El resultado de la formación científica y rigurosa de la mente, es una facultad adquirida de juicio, lucidez, sagacidad, alcance filosófico de la mente, autoposesión intelectual y reposo, cualidades todas ellas que no derivan de la simple adquisición de conocimientos. El ojo corporal, que es el órgano para ver los objetos materiales, se nos da por naturaleza. El ojo de la mente, cuyo objeto es la verdad, es obra de la disciplina y el hábito (p. 166).

Sin duda, es verdad que las universidades que nacían en Europa en la Edad Media tendían al ideal de la síntesis de todo saber y estaban al servicio de una auténtica *humanitas*, o sea, de una perfección del individuo dentro de la unidad de una sociedad bien ordenada. Por tanto, consideramos que la búsqueda de la verdad como seña identitaria de la universidad es la garantía del respaldo a una auténtica educación universitaria que contribuya a la mejora de la sociedad y de la humanidad.

Tarea de todo profesor

La actitud sincera por ayudar al estudiante en su búsqueda de la verdad marca la innegable tarea de todo profesor universitario. Esta labor no radica en una mera comunicación de contenidos, ignorando la formación de los jóvenes estudiantes a los que hay que comprender y querer. El valor de su servicio debe centrarse en el empeño en liberar y hacer felices a los hombres (Cid, 2007). Además, el mejor momento para mostrar el camino que conduce a la verdad es la juventud como ya dijo Platón (Parménides, 135d): “busca la verdad mientras eres joven, pues si no lo haces, después se te escapará de entre las manos”. La etapa universitaria es el tiempo privilegiado para la búsqueda y el encuentro con ella.

El objetivo de la educación universitaria implica, según Newman (1946), preparar a sus estudiantes para alcanzar la verdad, pero también para comprenderla en el caso de que fuera encontrada. Esto conlleva que el quehacer del docente no sea meramente una ocupación, sino una profesión concebida “como un camino de perfeccionamiento personal, en el servicio a la ciencia, a la cultura y a la sociedad” (Parra, 2004: 17). Además, el docente en su tarea de servicio desinteresado de enseñar y formar al estudiante crece como persona, hasta el punto de que si olvida ese carácter servil, se acomodaría y, probablemente, cercenaría su propio crecimiento personal. Por tanto, es pertinente reflexionar sobre el significado de la docencia universitaria, que nunca puede limitarse a la transmisión de verdades parciales, desconectadas de su sentido.

No obstante, el servicio del docente universitario requiere una actitud determinada porque “la verdad se escapa al déspota y se abre sólo a quien se aproxima a ella en actitud de profundo respeto, de humildad reverente” (Ratzinger 1991, 203). En este sentido, la humildad es indispensable para protegerse de una fútil vanidad que puede mutilar el acceso a la verdad. En consecuencia, esto implica que el docente no acerque a los estudiantes hacia él mismo, sino que les encamine a la búsqueda de la verdad, ya que es el mayor bien que les puede otorgar. Por tanto, el cuerpo docente es esencial en una universidad, por eso Newman justifica lo que consideraba uno de los principales requisitos de la institución universitaria: contar con un cuerpo de profesores de excelencia (Newman citado en Dessain, 1990). Newman lo justificaba porque la universidad necesita el renombre de sus académicos para atraer a los estudiantes. Por lo mismo, la universidad debe aspirar a tener profesores de una reconocida trayectoria académica, es decir, que en lo posible fuesen mundialmente conocidos.

Igualmente, la formación universitaria para MacIntyre ocupa un lugar primordial. Para este autor, dicha formación universitaria debe relacionarse fuertemente con la comunidad en donde está inmersa y no ser un ente aislado. El rol que le asigna a la figura del maestro, es crucial, tanto así que lo ubica como: “la esperanza perdida de la cultura de la modernidad occidental” (MacIntyre, 1990: 120). Por tanto, para él cada profesor universitario tiene un papel transcendental para la consecución de una formación adecuada. En su planteamiento el profesor es un maestro y un protagonista intelectual que juega un rol preponderante al interior de la universidad y también en la comunidad a través del impacto que tiene su quehacer. Además, el maestro debe llevar a cabo este papel a través de una activa participación en debates y en diálogos que ha de entablar al recibir y formar a los nuevos miembros de la universidad (Wain, 2003). En suma, la importancia de que la universidad aporte los valores subsumidos en la verdad es muy relevante dado que si no dónde van a encontrar los jóvenes esos puntos de referencia en una sociedad como la actual quebradiza e inestable.

En definitiva, es pertinente la contribución de la universidad para formar personas virtuosas, tarea que debe resguardarse del riesgo de reducir la misión de la universidad a capacitar exclusivamente a profesionales competentes según las reglas marcadas por las ideologías o el mercado. Por tanto, debe evitarse la restricción de la formación universitaria a la transferencia de conocimientos técnicos o fragmentarios, rehuyendo las preguntas últimas que pugnan por abrirse paso en la mente y el corazón de las personas y, especialmente, de los jóvenes.

El interés de admirar la tradición universitaria

Ante este panorama la mirada se vuelve hacia quienes desde hace tiempo han hecho posible y viable la institución universitaria sin renunciar a sus orígenes. Esos profesores que constituyen la auténtica riqueza de la que puede vanagloriarse una institución universitaria. No cabe duda que preservar la identidad de una institución a lo largo del tiempo no es cosa fácil, pues el dinamismo y la inercia de la vida ejercen una presión constante sobre las formas institucionales asentadas. Un ejemplo de esto es Weber (1964) cuando habla de la “rutinización” del carisma que sucede a los momentos fundacionales; pero también lo podemos percibir en Durkheim (1992), cuando recalca que los tiempos profanos siguen a los momentos sagrados de entusiasmo colectivo. Y no es menos para Simmel (2001), quien observa cómo la vida tiende siempre a superar la forma recibida para ir en busca de otra.

El problema de mantener la fidelidad al origen a lo largo del tiempo, evitando tanto anquilosamientos como originalidades falsas, fue lo que –según Hannah Arendt– llevó a los romanos a crear la institución del senado, que, como su nombre indica, estaba compuesto por los mayores. El título principal para pertenecer al senado, en efecto, no era de entrada la sabiduría, sino la mayor proximidad al origen, al momento fundacional de Roma. No obstante, la sabiduría de la que era depositario el senado, fuente de su autoridad, vino a constituir lo que se llama *tradición* (Arendt 2003, 193 y ss), un principio de genuino progreso, en la medida en que, en medio de los cambios, garantizaba la identidad con el origen.

La autoridad de la tradición, elemento esencial en la identidad de cualquier institución, lo es especialmente de la universidad, que nació como lugar de encuentro de profesores y alumnos, con el fin de transmitir y profundizar en el saber. Sin embargo, el valor de la tradición es lo que entró en crisis con la revolución moderna, ya que el nacimiento de la ciencia con un método diferente relegó el saber acerca de las preguntas fundamentales, subrayando que no era estrictamente necesaria su enseñanza en el ámbito académico. Por tanto, la modernidad supuso una ruptura metodológica que conllevó, además, una quiebra con las verdades aprehendidas a través de los métodos escolásticos. No obstante, ahora conviene recuperar reflexivamente, el saber heredado para no perder todo lo andado por los primigenios profesores universitarios en el camino de alcanzar la verdad en cuanto al sentido del ser humano. Por tanto, una de las misiones de la universidad debe radicar en incrementar ese saber del cual es depositaria, por lo que es preciso valorar el saber heredado de la tradición e incrementarlo. La ruptura con lo anterior, que implica un olvido de la tradición, puede significar un menosprecio al olvidar el deber postulado de que la institución universitaria incremente el saber heredado.

Tomar el testigo de las generaciones de universitarios que nos han precedido y realizar en el actual momento histórico el ideal universitario que ellos encarnaron ha de constituir un reto apasionante. En la idea de universidad apuntada por Alfonso X el Sabio, se perfila la prioridad de una visión de la universidad, cuyo punto de mira se centre en el ansiado crecimiento de las personas. Esta perspectiva contrasta con el énfasis actual en los aspectos sistémicos y procesuales de la organización universitaria, para los que el crecimiento personal resulta casi un efecto colateral. Con todo, cabe

esperar una revitalización de la genuina vocación universitaria, amparada en el respeto a la tradición del saber logrado por los que nos precedieron en esta maravillosa labor porque el impulso para promover una regeneración de esta institución debe surgir desde dentro, con el profesorado como protagonista de ella.

Los maestros auténticos

Según lo apuntado la universidad y el ser universitario radica en que profesores y estudiantes busquen juntos la verdad en todos los saberes. Sin duda, el principal instrumento con el que cuenta el docente para aunar esfuerzos es la clase. Esto conlleva, por supuesto, la imperiosa necesidad de recuperar la clase como el elemento principal de aprendizaje. Por tanto, es pertinente que los estudiantes adviertan el valor añadido que les supone la asistencia a ella. La posible dejadez para no frecuentar las aulas supone olvidar que en ellas se aprende no solo con el profesor, al escuchar sus palabras, sino *del* profesor. Él es una autoridad que enseña aquello que sabe, pero que explica cómo lo ha aprendido y propone cómo se puede proseguir. No obstante, para lograr esto es pertinente que la clase se convierta en un lugar de discusión “de temas previamente trabajados que permita la evaluación continua del estudiante, en cuyo caso la asistencia será vista como un factor básico para conocer, entender y aprender” (Calvo-Bernardino, Mingorance-Arnáiz, 2009). En este sentido, García-Amilburu (2012) defiende la necesidad de que la universidad continúe promoviendo debates, dado que este ha sido siempre un rasgo propio de la universidad, como muestra de buena salud para el crecimiento del ser humano.

Asimismo, la búsqueda de la verdad tiene mucho que ver con descubrir el atractivo de los auténticos maestros como personas abiertas a la verdad en las diferentes ramas del saber, que saben escuchar y vivir en su interior ese diálogo interdisciplinar tan necesario para superar la fragmentación de los saberes. Sin embargo, la tendencia de la sociedad contemporánea que propende a la descomposición del saber, desligada de la unidad aportada por la búsqueda indisoluble de la verdad, conllevaría la dificultad de proporcionar una auténtica formación integral. Precisamente esta fragmentación del saber puede ser vista como una de las causas de la distorsión de la formación universitaria (Giménez, 2012), en el sentido de que a la falta de la unidad del saber le sigue forzosamente una jerarquización de los saberes en clave utilitarista. Además, el ser humano es proclive a buscar una objetividad basada en criterios puramente cuantitativos, olvidando lo cualitativo. Por tanto, según García-Amilburu (2010) sólo poniendo en primer lugar el bien de toda la persona puede cumplir la universidad su misión propia.

En este punto es pertinente aclarar que la fragmentación del saber no debe convertir la enseñanza universitaria en un elenco de diferentes saberes parciales, disgregados entre sí, faltos de la unidad que imprime la búsqueda de la verdad como el marchamo que permite comprender el sentido que comporta aprender cada una de esos saberes. Por tanto, la unidad de estos radica en la verdad del ser humano y la finalidad de su obrar, que no debe ser ajena al servicio. Si en la universidad el ejemplo de servicio desinteresado de los docentes cala en los universitarios, estos comprenderán que el

mejor modo de contribuir al bien común será servir a los demás, también de modo desinteresado. Sin embargo, la apropiación egoísta del saber, el no extenderlo es una lacra que afecta a la línea esencial de la universidad.

Además, el aprendizaje es mucho más que la transmisión de verdades parciales (Küster-Boluda y Vila-López, 2012); por eso, en un momento marcado por la fragmentación de los saberes, la caracterización del maestro contiene una alusión a la interdisciplinariedad, así como una clave para interpretar correctamente su sentido. Pues tal *interdisciplinariedad* no puede tener lugar únicamente desde planteamientos analíticos y fragmentarios del saber; solo puede nacer de una reflexión y síntesis personal, que contempla las distintas ciencias a la luz de una verdad que le dote de unidad de sentido. Sin duda, Ibáñez-Martín (2001) desgrana, con acierto, esta misma idea al afirmar que:

Nuestros estudiantes no esperan de nosotros que les deslumbremos con nuestro extraordinario conocimiento sobre hechos aislados, sino que seamos capaces de establecer conexiones entre las disciplinas, colocando las especialidades en un contexto más amplio, iluminando los datos de un modo revelador. En un mundo sepultado por la información, es muy importante ofrecer pistas que permitan a los estudiantes no sentirse perdidos en una jungla, cuyo sentido no sean capaces de descifrar (p. 460).

Esta unidad del saber implica imperiosamente que todo profesor universitario tenga algo de filósofo; pues es en esa filosofía donde se encuentran los puntos últimos de conexión con los demás saberes. La filosofía aporta la sabiduría para conocer el por qué, debido a que es la que más relación tiene con el sentido del actuar. En este sentido, cuestiones como por qué aprender si no sabemos para qué, serían relevantes si la filosofía ocupara un lugar transversal en la enseñanza universitaria. No tanto como contenido curricular, sino como actitud ante la vida. En consecuencia, la capacidad de admirarse, motor del discurso filosófico, es imprescindible en la institución universitaria, así como la imperiosa necesidad de enseñar a pensar con el fin de que los estudiantes puedan enfrentarse a las dificultades.

Y, por tanto, lejos de pragmatismos, la Universidad es una escuela al servicio de la verdad. Tal y como lo expresa Llano (2003, 41): “*Saber más para servir mejor*: tal es el lema de los que hemos elegido la universidad como estilo de vida”. Por tanto, de acuerdo con Escámez (2013) puede entenderse que “los mejores profesores comunican una gran confianza a sus estudiantes, mostrándoles que les enseñan porque les importan como personas y como estudiantes” (p. 19). En definitiva, el auténtico maestro debe acompañar a los estudiantes en el camino de búsqueda de la verdad, mostrándoles que este es el mejor modo de crecer en humanidad y ser mejores personas.

Conclusión

Los tiempos en los que vivimos vislumbrarían un futuro incierto para la universidad y en consecuencia para la sociedad y las distintas instituciones que la conforman si se olvidase la búsqueda de la verdad. Por eso se ha tratado de aclarar que en el empeño por buscar la verdad se compromete el ser humano por entero, tarea en la que se ven involucradas la inteligencia y la voluntad. Por eso, la universidad debe proveer de la enseñanza que alimente a la inteligencia, pero también de la formación indispensable para el crecimiento en los hábitos de la voluntad. Además, en este compromiso, no es posible avanzar en el conocimiento de algo si no nos mueve el amor. Por tanto, si verdad y bien están unidos, también lo están conocimiento y amor. Asimismo, de esta unidad deriva la coherencia de vida y pensamiento, la ejemplaridad que se exige a todo buen maestro. Y, no cabe duda, el contexto apropiado para esa búsqueda de la verdad lo constituye la universidad en la medida en que se percibe a sí misma como una escuela al servicio de la verdad.

Por tanto, la sustitución de la verdad por la utilidad o la fragmentación del saber que relega las humanidades a un papel accesorio son contingencias que afectan al ideal universitario que puede soslayar la verdadera tradición de la institución universitaria que desde su origen ha optado por la búsqueda de la verdad. Por este motivo desatenderla implica de suyo relegar la formación humanística de la etapa universitaria, provocando que los jóvenes aprendan mucho sobre diferentes saberes, pero poco sobre lo importante de las cuestiones esenciales del ser humano.

La ingente tarea de acompañar al estudiante en su caminar hacia la verdad implica la necesidad de entender la tarea de docente como servicio que requiere de los maestros una actitud humilde. Asimismo, esta condición es necesaria para incrementar el saber superior porque no basta con aceptar la tradición recibida limitándose a transmitirla porque esto sería empobrecer la enseñanza universitaria. Sin duda, es preciso que los profesores universitarios no se detengan en la búsqueda de la verdad, como camino para seguir creciendo ellos. Este incansable proseguir en pos del sentido último de cada saber es la mejor enseñanza que se puede comunicar a los estudiantes.

En suma, el saber superior es lo más noble que se puede aprender en la universidad, pero que no ha de ser considerado como un cúmulo de verdades parciales, sino aquello que contribuye a la mejora del ser humano. Por tanto, en consonancia con esta realidad el docente ha de sentir el orgullo de comprender a sus estudiantes y quererles como condición necesaria para *darles* todo su saber con la esperanza de que puedan proseguir su labor académica. Además, esta noble actitud de servicio es el *humus* que genera sinergias positivas entre docentes y estudiantes porque ambos deben percibir la tarea de caminar unidos en la búsqueda de la verdad.

Referencias bibliográficas

- ALDAÑA, A. (2009). Formación humanística del estudiante universitario, *Studiositas*, 4(3), 9-20.
- ARENDDT, H. (2003) *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios de reflexión política*, Barcelona: Península.
- ARISTÓTELES. (1970), *Política*, edición bilingüe y traducción por Julián Marías y María Araujo; introducción y notas de Julián Marías, Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- CALVO-BERNARDINO, A. Y MINGORANCE-ARANÁIZ, A.C. (2009). La estrategia de las universidades frente al Espacio Europeo de Educación Superior, *Revista Complutense de Educación*, 20:2, 319-342.
- CID, T. (2007). Cooperadores de la verdad. La misión de la Universidad, en *Espíritu* a. LVI, nº 135, 45-56.
- DESSASIN, Ch. (1990) *The Mind of Cardinal Newman*, C.T.S., London 1974. Traducido al castellano *Vida y pensamiento del Cardenal Newman* (Madrid, Paulinas).
- DURKHEIM, E. (1992) *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal.
- ESCÁMEZ, J. (2013) La excelencia en el profesor universitario, *Revista española de pedagogía*, 254, 11-27.
- FLECHA, J. R. (2010). Diálogo interdisciplinar y responsabilidad moral, según la encíclica *Caritas in Veritate*, *Salmanticensis* 57, 199-223.
- GARCÍA-AMILBURU, M. (2010). La misión de la universidad en y para el siglo XXI en los textos recientes de Benedicto XVI. *Estudios sobre educación*, 18, 277-293.
- GARCÍA-AMILBURU, M. (2012). Algo más que educación superior. La universidad, comunidad necesaria, *Bordón*, 64 (3), 65-75
- GIMÉNEZ, J.M. (2012). *La Universidad en el proyecto sapiencial de Alasdair Macintyre*, Tesis doctoral, Universidad de Navarra.
- GUARDINI, R. (2012). *Tres escritos sobre la universidad*. Pamplona: Eunsa.
- IBÁÑEZ-MARTÍN, J.A. (1975) *Hacia una formación humanística. Objetivos de la educación en la sociedad científico-técnica*. Madrid: Herder.
- IBÁÑEZ-MARTÍN, J.A. (2001) El profesorado de Universidad en el Tercer Milenio. El nuevo horizonte de sus funciones y responsabilidades, *Revista española de pedagogía*, 220, 441-465.
- JÁSPERS, K. (2013). *La idea de la universidad*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra.
- KINDELÁN, M. P. (2013) Una perspectiva sobre el binomio enseñanza-investigación en la universidad del s. XXI, *Revista Complutense de Educación*, 24:1, 27-45.

- KÜSTER-BOLUDA, I. Y VILA-LÓPEZ, N. (2012). El docente universitario y sus efectos en el estudiante. *Estudios sobre educación*, 23, 157-182.
- LLANO, A. (2003) *Repensar la universidad. La universidad ante lo nuevo*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias.
- LLANO, A. (2011). *Newman y la Universidad*. Consultado el 23 de junio de 2014 de <http://dspace.unav.es/dspace/bitstream/10171/17034/1/Newman%20hoy.pdf>
- LLOVET, J. (2011) *Adiós a la Universidad. El eclipse de las humanidades*, Barcelona: Círculo de Lectores.
- MACINTYRE, A. (1990) La idea de un público educado, *Revista de Educación*, 292, 119-136.
- NEWMAN, J. (1946). *Naturaleza y fin de la educación universitaria*. Madrid: Epesa.
- NEWMAN, J. (1996). *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*. Pamplona: Eunsa.
- OTÁLORA, L. (2011). El mito, el rito y la educación: puntos de encuentro, riesgos y esperanzas, *Revista Complutense de Educación*, 22:2, 249-268.
- PARRA, C. (2004). Apuntes sobre la investigación formativa, *Educación y Educadores*, 7, 57-77.
- PARRA, C. (2005) La Universidad, institución social, *Estudios sobre Educación*, 9, 145-165.
- PÉREZ-DÍAZ, V. (2010). *Universidad, ciudadanos y nómadas*. Oviedo: Nobel.
- POLO, L. (1991). *¿Quién es el hombre? Un espíritu en el mundo*. Madrid: Rialp.
- POLO, L. (1997). *El profesor Universitario*. Bogotá: Universidad de la Sabana.
- RATZINGER, J. (1991). *Cooperadores de la verdad*. Madrid: Rialp.
- RUÉ, J. (2009). El cambio en la Universidad, sus epistemologías y consecuencias de las mismas, *Revista Complutense de Educación*, 20:2, 295-317.
- SELLÉS, J. F. (2006). Verdad y libertad en la Universidad, *Pensamiento y cultura*, 9, 37-44.
- SIMMEL, G. (2001). *Intuición de la vida. Cuatro capítulos de metafísica*. Buenos Aires: Altamira.
- VÉLEZ-RAMÍREZ, A. (2008). La adquisición de hábitos como finalidad de la educación superior, *Educación y Educadores*, Universidad de La Sabana, 1, 167-180.
- VILLARÁN. C.R. (2012). *Universidad e identidad. Ser, tener o parecer verdad o ideologías*. Lima: Santa María ediciones.
- WAIN, K. (2003). MacIntyre: Teaching, Politics and Practice, *Journal of Philosophy of Education*, 37, (2), 225-239.

WEBER, M. (1964) *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: FCE.

ZAMBRANO, M. (2000). *La agonía de Europa*. Madrid: Mínima Trotta.

Correspondencia con el autor

JOSU AHEDO RUIZ
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)
C/ Gran Vía, 41 entreplanta
26002 – Logroño
e-mail: josu.ahedo@unir.net